

La locura de don Quijote.

Víctor M. Muñoz Berti.

4 de enero de 2006

Índice general

1. El nacimiento	5
2. La niñez.	7
2.1. El «stress infantil» (moderno chiste)	7
2.2. La crueldad infantil.	8
2.3. El crecimiento.	8
3. La adolescencia.	9
3.1. La efervescencia hormonal.	9
3.2. Inestabilidad general.	9
3.3. El «stress juvenil».	10
4. Y ahora, oh tristeza, oh dolor, oh campos de soledad, mustios collados...	11
4.1. El amor (y la suegra).	11
4.2. El sexo.	12
4.3. El dinero.	12
4.4. El tiempo.	12
4.5. El «stress» (así, a pelo).	13
5. Y llegó la traca final...	15
6. ¿Por qué la locura de don Quijote?	17

Capítulo 1

El nacimiento

Qué tiempos los del nacimiento, tiempos del buen dormir, de la despreocupación, de desentendernos de lo divino, lo humano, y de todo en general. Pero cuan rápido se acaban.

Pero no es propósito del presente tratar tales cuestiones desde tan profundo punto de vista, no nos engañemos. Vayamos a lo realmente práctico del asunto: cómo nacemos.

Al nacer un hombre nos da un azote, sin razón aparente, así, porque sí, y en ese punto, es en ese punto de la historia de la humanidad cuando empieza la nuestra (si descontamos los nueve meses -más o menos- que nos tiramos flotando apaciblemente en un tibio líquido, ajenos al inquieto e inquietante mundo exterior). Empezamos de la peor manera posible: con un desconocido pegándonos con el simple propósito de vernos llorar. Y encima se reía, el tío violento.

Tras tan desagradable suceso, nos pasamos la que probablemente sea la mejor temporada de nuestra vida: los días posteriores al nacimiento, en los cuales nos veremos, por única vez en nuestra vida, libres de preocupaciones: todo se reduce a comer y dormir. Y, tras estos días, empieza el espectáculo: empieza la vida.

Capítulo 2

La niñez.

Hay quien dice que la niñez es una mera prolongación de los primeros días, en la que no hay preocupaciones ni problemas, y en la que somos inocentes. Inocentes aquéllos que piensan tal cosa.

Cierto es que son inocentes, pero hay preocupaciones, y, sobre todo, problemas: no hay más que pasarse por un colegio para percatarse de ello. Los niños son crueles, y no dudan en insultar, vejar e incluso agredir a sus congéneres (y qué manera de agredir, oiga, que se meten los pobres críos unos galletones que ya quisiera el Potro de Vallecas). ¿Y es eso estar libre de preocupaciones?

2.1. El «stress infantil» (moderno chiste).

«Stress», concepto esnob donde los haya. ¿Qué es ese stress que tanto nos fastidia constantemente? Parece ser que es lo que siempre hemos conocido como cansancio y nerviosismo acompañado por retortijones de última hora, pero stress queda más bonito, y es un barbarismo, oiga, así demostramos que somos gente de mundo (risas contenidas en la medida de lo posible por parte del autor).

Pero la cosa adquiere un tinte incluso más cómico cuando va seguido de la palabra infantil: no sólo causamos tamaño problema a las pobres criaturas, sino que, además, asignamos a su padecimiento un nombre tan ridículo como la imperante tendencia a emplear barbarismos de continuo. Y es que, ¿cómo no van a atener stress los críos? Y de muestra, un botón: analicemos el horario de un niño «normal»:

- A despertarse, lavarse, desayunar, vestirse (el orden puede variar, ya se sabe, el orden de los factores no altera el producto, salvo en las matrices y los vectores, que tiene que tocar las narices, oiga).
- Sesión de colegio, donde te explican cosas de esas que se te olvidan justo después del examen (también ha sido documentados casos en los que se olvidan antes de estudiar, e incluso otros en los que se llega a olvidar estudiar, pero ésa es otra historia, y debe ser contada en otra ocasión).
- A comer, y de nuevo a clase (a ver si llegamos al horario de mañana de una vez).
- Y después de la merienda, fútbol, clases particulares de matemáticas, lengua, inglés y clase práctica de cómo comerse el bocadillo sin atragantarse (poco a poco, por si el chaval tiene vocación de funcionario), fútbol, tenis, un poco de natación, un rato al parque a llenarse

de barro hasta las cejas, un baño (opcional, si total, el barro es bueno para el cutis) y a la cama tras una ligera cena (también opcional, evitemos el sobrepeso desde la niñez, aunque en la merienda se atiborren de basura industrial).

- ¿Y los deberes? Buena pregunta. Muy buena, sí señor.

Pues eso, que menos «stress infantil» y más sentido común.

2.2. La crueldad infantil.

Sí, así son las cosas (o así las cuento, seamos francos): los niños son CRUELES hasta extremos totalmente insospechados e inalcanzables para la mente humana. Desde luego, si alguien me dijera ahora alguna de las lindezas que me dedicó cuando éramos críos, no vivía para contarlo. Y él tampoco.

Desde luego, los niños no se callan:

- ¡Ay, qué niño más guapo! -dice la amable vieja pellizca-mejillas.
- Sí, no como tú, so fea -adorable niño cabroncete.

No, no se callan. Y con sus compañeros son incluso más crueles:

- ¿Me dejas la pintura dorada?
- ¡No! (Sonoro *plaf*, que denota el choque de la palma del niño contra la cara de su inocente (si y sólo si nos ceñimos al presente caso) compañero de mesa.)

¡Criaturas! Si es que apenas encierran maldad, ¿eh? Hay que ver cómo cambiamos de mayores: ya no llamamos fea a la amable vieja pellizca-mejillas, sino que somos más sutiles:

- ¡Ay, qué guapo es tu novio! -dice la amable vieja pellizca-mejillas, transformada en abuela de tu novia, que ya no pellizca mejillas, sino que se limita a mirarte mal, quedando más que patente que miente como una bellaca.
- ¡Gracias! -aquí pones la misma cara que cuando te hacen un tacto rectal.

Pero no adelantemos acontecimientos: ya llegaremos a la primera novia.

2.3. El crecimiento.

El crecimiento se caracteriza porque crecemos. ¿Qué más quiere usted, exigente lector?

Capítulo 3

La adolescencia.

Etapa caracterizada por la efervescencia hormonal y la inestabilidad en general. Veamos, veamos (en realidad aquí verá más el lector, yo me limito a escribir, pero como aproximación para simplificar los cálculos sirve).

3.1. La efervescencia hormonal.

¿Qué son las hormonas? Bajo mi punto de vista simplemente son unas sustancias con una única misión: tocar las narices. ¿Que no tienes ganas de afeitarte? Pues toma pelo en la cara. ¿Que cantas como aquel famoso «Pequeño Ruiseñor»? Pues hale, un cambio de voz y al garete la carrera del niño cantor. Y, por supuesto, a izar bandera cada mañana...

En términos generales, podríamos definir entonces las hormonas como aquéllo que hace que cambiemos, transformando los crueles niños en adultos (no olvidemos que los adultos llevan la crueldad de serie, así que el epíteto mejor nos lo ahorramos). Es decir, transforma el «stress infantil» en «stress» a secas. Vamos, que fomenta el ahorro de palabras (no olvidemos que en esta etapa también dejamos de tomar la parte infantil de la aspirina).

Dicen además los que olvidaron tales procesos químicos que los cambios hormonales son la fuente inagotable de los problemas de nuestra adolescencia. Si esto fuese realidad, bastaría reprimir tales impulsos hormonales para volver al dócil estado previo (si es que existió un estado así alguna vez en nuestra vida). Pero yo sostengo otra teoría: ya que no podemos descargar nuestra mala leche interior (alias «crueldad», así, más cortito y fácil de recordar) con nuestros compañeros, que ya empiezan a ir al gimnasio y nos pueden dejar secos de un guantazo, pues, ¿quién nos queda? Nuestros queridos parientes, y los compañeros que aún no han descubierto el gimnasio. Luego, ¿quiénes causan la revuelta? Los revoltosos, sin duda.

Aclarado tan importante asunto, prosigamos con nuestra alocada carrera hacia el final del libro.

3.2. Inestabilidad general.

Pues mira, para ésto no tengo explicación. Siguiete sección.

3.3. El «stress juvenil».

Hay que ver lo que da de sí la imbecilidad de los creadores de los stresses varios. Que ya van dos secciones, oiga, lo vendo, lo compro, lo cambio, estamos que lo regalamos, ¡señora!

Podríase decir que la variante juvenil del mal infantil es idéntica: fruto de la maldita costumbre esnob de dar nombres raros al puro y simple cansancio (a la que se enteren los psicólogos y parentela de que voy diciendo que con una siesta se cura el stress, me fusilan al amanecer) (o incluso puede que al atardecer, por si las moscas). Ahora bien, la cosa cambia un pelín: ahora nos creemos que realmente la cosa es grave. Angelitos, inocentes angelitos.

Pero lo que parece una variante agravada del stress infantil viene a ser realmente la puerta de entrada a la edad adulta, donde viviremos el auténtico «stress»: el que nos dicen los psicólogos que es muy chungo, y que por una cantidad «módica» (tan módica como su cara dura) nos lo arreglan, cual taller de reparación de ánimos fatigados. Ya hablaremos, ya.

Capítulo 4

Y ahora, oh tristeza, oh dolor, oh campos de soledad, mustios collados...

El libro de verdad. Veamos uno por uno los capítulos de este libro, donde desgranaremos con más o menos fortuna los avatares de la vida humana.

4.1. El amor (y la suegra).

Y llega el amor, ya sea en la adolescencia (no suele durar más de tres meses) o en la edad adulta (no suele durar). Pero no nos engañemos, no es el amor lo que nos pierde: es la atracción.

Ya sea por un atractivo físico (en la mayoría de los casos), intelectual (en los chistes malos y las novelas románticas) o un atractivo porque sí (cosas de la vida... ¿quién iba si no a decir que la infanta Elena iba a casarse algún siglo de éstos sin cambiarse la cara?), algún día nos toca enamorarnos. Y es entonces cuando vemos que las mujeres mandan.

¿Alguien ha visto algún hombre que haya seducido a una mujer? Pues si la respuesta es afirmativa, por favor, dejen las drogas, que son muy malas. Si es negativa, siga leyendo. En efecto, la mujer manda, es ELLA quien elige quién, cuándo, dónde y cómo, ELLA quien dice la primera palabra (las últimas dos siempre las dice él: *sí, cariño*), ELLA quien dice cuándo se acaba, y ELLA quien decide la forma de suicidio, sea éste previo o posterior al matrimonio (o simultáneo). Luego, ELLA manda. Si hasta elige **nuestro** traje. ¿queda alguna duda de quién manda?

Pero, a pesar de nuestra subordinación, el amor es bonito, muy bonito. Hasta que llega ELLA (no, no ELLA, sino la otra ELLA): **la suegra**. Si bien hay afortunados que tienen la suerte de tener una suegra amable y condescendiente, las suegras, en general, tratarán de dejarte en mal lugar. Qué pena de tropezón inoportuno por las escaleras a tiempo.

Y es que siempre el novio anterior fue mejor que tú: que si estudiaba económicas (da igual que tú seas ingeniero y cobres una pasta cada mes, él estudiaba económicas), que si cocinaba muy bien (aunque tú estés llamado a ser el sustituto de Arzak y compañía), que si trataba a la niña mucho mejor (que ya no es una niña, señora), que si no tenía esas greñas de macarra radical (que no me las voy a cortar, ¡pesada!), que si no te afeitas (no, si eso ya lo sé, no hace falta que me lo diga usted), que si no me gusta tu cara (cuénteme una que no me sepa), que si... En fin, lo de siempre. Pero lo mejor llega de la mano de...

4.2. El sexo.

Es lo que viene después del amor. Cuando se acaba, queda siempre tan primitiva salida. Pero, para ser primitiva, es muy socorrida.

Mira que nos lo quieren vender como simple procreación, pero digo yo: si somos, junto a los delfines, los únicos que tenemos sexo por placer (según dicen las científicas lenguas), ¿por qué desaprovechas tal regalo? Disfruta, bobo.

Tanto tabú no puede ser bueno: seguro que más de un puritano se escandalizará al leer tal herejía en el índice de este «libro» (nótense las comillas, y entiéndanse por un «no sé realmente lo que es, lo llamo libro, pero por llamarlo alguna cosa no despectiva», que quede claro). Habráse visto: hablar de sexo. Por favor, un respeto.

Pero como no soy precisamente un paradigma de lo políticamente correcto, pues hablo de sexo: como dijo alguien más famoso que yo (Woody Allen): «¿Es el sexo sucio? Sólo si se hace bien». Dejémonos de estúpidas cortapisas: que estamos en el siglo... er... ¿XXI? Sí, XXI (creo que debo plantearme de verdad el saber con cierta precisión en qué momento me encuentro, de verdad).

4.3. El dinero.

El dinero es peligroso: su escasez provoca problemas con los bancos, y su abundancia, con los dueños de los bancos. A decir verdad, es lo único que tiene valor en esta nuestra vida: el dinero no da la felicidad, pero ayuda que es una barbaridad.

Pues, ¿de qué valen hoy en día la salud y el amor? Sin dinero, poco. Y mira que soy un romántico empedernido, pero también soy práctico: el dinero es vital. Sin dinero, nadie y tú tendréis la misma autoridad, O sea, ninguna.

Es supremo juez, jurado sin un ápice de sensibilidad: si no tienes, vales tanto como eso mismo que tienes (nada, por si los despistados). ¿Miento? Yo diría que no, puede que exagere, cierto es, pero no miento. Y si no, que me expliquen por qué a Botín Hacienda le devolvía dinero. Como siempre, el dinero llama al dinero: si no tienes un duro Hacienda se buscará la vida para clavarte su agujón y sacarte los cuartos, pero, si estás forrado, puedes estar más que tranquilo: te devolverán lo que tú quieras (dependiendo de cómo mandes hacer la declaración, ya sabes, que la trampa no sea tampoco muy evidente, hombre, a ver si se va a notar de verdad y algún funcionario decente te va a abrir una investigación, no me seas bruto).

Aunque hay algunas excepciones a esta regla: el dinero no libra al hombre (ni a la mujer) de las garras de la muerte (y, por ende, de sus «sucursales»: enfermedad, hambre y bancos y cajas de ahorro). Eso sigue siendo tan cierto como que estamos en el año... ¿2.005? Y ya que estamos en las dudas sobre el tiempo en que vivimos, y para no dar dos viajes, ¿hablamos un ratillo de ello?

4.4. El tiempo.

¿Sabe mi querido lector en qué momento preciso vive? Yo, desde luego, y como ya se ha visto, NO. Y no lo veo necesario, vivimos con demasiadas prisas. Muchas.

¿De qué sirve vivir así de deprisa? Nuevas enfermedades (el «stress» no cuenta), crecimiento vertiginoso de otras, dolores de cabeza, de espalda, de estómago, mala comida mal ingerida a toda prisa, en fin, mala calidad de vida. Y tenemos un conocimiento preciso del tiempo, no porque sea así, sino que lo necesitamos.

Con respecto a esto último, que he dejado así, como nos dijo una profesora «así, en plan gaseoso», hay algo que decir: personalmente creo (y creo que los hechos me defienden) que no podremos llegar a tener un control sobre el tiempo nunca (ya se sabe, «nosotros matamos el tiempo, pero él nos entierra», J.M. de Assis). Además, creo en el famoso concepto relativista del tiempo: por ejemplo, si pasamos una hora haciendo algo que nos gusta seguro que pasa rápido, pero, ¿y si estamos haciendo algo desagradable o extremadamente aburrido? ¿A que el concepto *una hora* cambia? Como vemos, no sólo no controlamos su paso, sólo su medida, así que nuestra apresurada vida nos llevan tan sólo a seguir llegando tarde a todas partes, pero ahora llegaremos con un «stress» que da gusto.

El tiempo no es un concepto absoluto, sino que es aquéllo que nos acaba enterrando. Y si no, tiempo al tiempo.

4.5. El «stress» (así, a pelo).

Y, ya pasados por el juvenil, y antes por el infantil, ¿por qué no tratar el mal adulto?

El «stress», así, medio en broma medio en cachondeo, viene a ser el producto del tiempo que pasamos corriendo detrás de autobuses por el que nos tiramos esperando los que perdemos, partido del que pasamos comiendo; así que, si la duración de las comidas tiende a cero, el «stress» tiende a infinito. Y paso del tema, que ya me aburro de hablar siempre de lo mismo.

*CAPÍTULO 4. Y AHORA, OH TRISTEZA, OH DOLOR, OH CAMPOS DE SOLEDAD,
4.5. EL «STRESS» (ASÍ, A PELO). MUSTIOS COLLADOS...*

Capítulo 5

Y llegó la traca final...

La muerte, hete aquí el final que TODOS, sí, incluso tú, Botín. Nos llega tarde o temprano, y se nos lleva, ya sea en persona o gracias a sus «sucursales»: enfermedad, hambre o mala leche condensada.

Si bien la muerte es un drama, especialmente para los que rodeaban a la persona fallecida, lo que es más lamentable es el negocio montado alrededor de ella: aseguradoras, funerarias, marmolistas, cementerios, curas, misas, recordatorios, velatorios, crematorios, carpinteros, Haciendo que va con el hacha a por los que nos quedamos detrás... Lamentable. No se lo recomiendo a nadie, es más recomendable morirse uno mismo.

Pero, aparte de críticas al sistema capitalista, donde, hoy en día, todo es un producto, incluso tan triste suceso, creo yo que la muerte siempre nos llamó la atención: siempre quisimos saber a dónde íbamos, si era el mismo lugar del que veníamos, si era otro, si había vida después de la muerte, si después venía la nada... ¿Quién sabe? Cuando alguien vuelva de allí, que por favor me llame y me lo explique.

Yo pretendo ser más práctico, y prefiero pensar en la muerte como el obligado trámite, el punto en común que todos tenemos. Un fin común, un destino inamovible. Y, como tal, debe ser respetado, y no deberíamos tratar de posponer su momento: nos puede llegar de forma inesperada, en un lugar insospechado. Todo intento de retrasarla sería contrario a nuestra propia naturaleza. Que ya está de por sí bastante deteriorada. Yo me quedo con la vida, me quede lo que me quede en el convento.

Capítulo 6

¿Por qué la locura de don Quijote?

Porque me parece que no había otro título más adecuado, si se refiere el amable lector a la causa del título. Este libro es una mera retahíla de retazos de vida, un recopilatorio de opiniones, más o menos acertadas, más o menos humorísticas, más o menos duras en léxico y contenido. A veces me paso, pero, ¿quién no se ha pasado?

Consideraba necesario hacer ésto, era vital, era una salida natural. Necesito escribir algo de vez en cuando, y si puedo aprovecharme de lo que hago, ¿por qué no? Escribir es un proceso en el cual plasmamos nuestro estado de ánimo junto a nuestras ideas en papel (aunque ahora los ordenadores tratan de cambiar ésto, pero mi papel nadie me lo quitará). Y creo que, más allá de la calidad literaria, de la riqueza léxica, de la retórica y de sus figuras, debemos leer en el interior del escritor. Por muy malo que sea el texto, siempre nos ayudará a conocer a su autor un poco mejor.

Y si el lector interpretó que estaba justificando el libro al completo, no el título, pues... otra vez será.